

## RESEÑA DEL LIBRO

# *El libro negro de la psicopatología contemporánea*<sup>1</sup>



GLADYS FRANCO<sup>2</sup>

Gracias a Esperanza Pérez de Plá, llegó a nuestra biblioteca un libro imprescindible para psicoanalistas, psicólogos, médicos y otros profesionales, además —por supuesto— de psiquiatras en formación que deseen entender más de sus herramientas y asomarse a la posibilidad de incorporar otras más cercanas a la clínica de la palabra.

Este libro, cuya coordinación e introducción estuvo a cargo de Fendrik y Jerusalinsky, reúne textos de veinte autores, la mayoría de los cuales son médicos psiquiatras y psicoanalistas. En el título hacen referencia a otro libro, publicado hace pocos años (y del que se dice que contó con éxito de ventas)<sup>3</sup>, que en más de ochocientas páginas condensaba los más «furiosos ataques al psicoanálisis»

(p. 7). Este «libro negro» de la psicopatología contemporánea recoge la sustentada opinión de veinte profesionales acerca de la nosografía psiquiátrica actual, sus orígenes e impresiones acerca de los por qué del sostenido crecimiento de los DSM (*Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*); no pretende ser, en espejo de aquel primer libro negro, un «ataque furioso» a los manuales de psiquiatría, sino un análisis crítico de los mismos.

El objetivo es analizar de modo riguroso el DSM, desde su aparición en 1952 hasta la versión más difundida, el DSM IV. (En estos momentos se encuentra ya el DSM V en manos de los psiquiatras). El libro se escribe, entonces, con un objetivo didáctico importantísimo que ya desde la introducción capta el interés; encontramos allí la historización de este famoso manual, breve en su versión inicial de 1952, que ha crecido en número de páginas a las actuales más de setecientas del DSM IV, pero que, como bien señala Esperanza Pérez de Plá, no incluye los antecedentes, es decir, las clasificaciones pre-DSM. «Es

1 Fendrik, S. y Jerusalinsky, A. (coord). (2011). *El libro negro de la psicopatología contemporánea*. México: Siglo XXI.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. laletraescrita@gmail.com

3 Se trata de *El libro negro del psicoanálisis*.

importante señalar que en la actualidad, para un inexperto, parecería que todo empezó con el primer DSM en 1952 y que los antecedentes que importan son los de la propia familia DSM, que se dieron al parecer sin conflictos, solo con cambios y nuevas aportaciones» (p. 238).

En el capítulo «Elogio del DSM IV» (p. 19), Guillermo Izaguirre introduce los antecedentes de la psicopatología psiquiátrica y remite a un texto de Georges Lantéri-Laura: *Ensayo sobre los paradigmas de la psiquiatría moderna*. Según estos autores, un paradigma sería el conjunto de conocimientos de una disciplina científica que opera como referencia de la misma. Un paradigma puede entrar en crisis y ser sustituido por otro. De acuerdo con este punto de partida, el autor fecha el inicio de la psiquiatría en 1792 y propone su pasaje por tres paradigmas que marcan determinadas características de la psiquiatría de los diferentes momentos, influida por otras corrientes. La tercera etapa (o tercer paradigma) fue la de las grandes estructuras psicopatológicas; en esa etapa —para cuya finalización el autor propone la fecha de la muerte del psiquiatra francés Henry Ey, en 1977—, la psiquiatría encontró confortable ubicar las variadas enfermedades mentales en un número acotado de estructuras. En ese período «no resultaba forzado hablar de una “psiquiatría psicoanalítica”» (p. 22). El término *estructura* se tornó familiar en la época, en

el campo de disciplinas afines: antropología, semiología, lingüística y psicoanálisis. Para Lantéri-Laura, una vez reemplazado el paradigma estructural por el sistema clasificatorio DSM, proveniente de la psiquiatría de Estados Unidos, no se habría constituido aún un nuevo paradigma, por lo que la etapa presente configuraría para este autor, una fase de tránsito.

¿Por qué se habría producido ese viraje? ¿En qué punto y por qué la *psiquiatría psicoanalítica*, o *psiquiatría dinámica*, habría perdido confiabilidad o los términos estructurales habrían parecido insuficientes? En el texto «El DSM-IV: ¿Una metafísica conductista?» (p. 42), Silvia Fendrik aproxima respuestas a estos interrogantes. Según esta autora, la psiquiatría americana en la primera mitad del siglo XX seguía los criterios de la psiquiatría «clásica», fundamentalmente influida por teóricos franceses y por el psicoanálisis. Pero el fin de la Segunda Guerra Mundial confrontó al país (Estados Unidos) con «estragos psíquicos» producidos por la guerra en sobrevivientes y familiares, cuadros clínicos y perturbaciones psíquicas que no podían ubicarse con las herramientas diagnósticas manejadas hasta entonces. Lo observado en la clínica no coincidía con los «cuadros clásicos». Se propuso entonces el diseño de una nueva clasificación que deviniera en un libro de referencia, una herramienta confiable para quienes se ocupaban de la salud

mental y un sistema válido para la investigación empírica. Así vio la luz el primer DSM, en 1952. «Se trataba de un libro pequeño que contenía criterios novedosos para la psiquiatría» (p. 42), un pequeño libro que integraba términos provenientes del psicoanálisis, reconociendo el carácter inconsciente de algunas manifestaciones; esa primera etapa del DSM estuvo permeada por la influencia de psicoanalistas europeos exiliados en Estados Unidos, que forjaron un perfil que se iría diferenciando del psicoanálisis freudiano y kleiniano acentuando la importancia del yo, y que daría lugar a las escuelas norteamericanas de psicoanálisis. Pero ese primer DSM resultó insuficiente, como explica S. Fendrik: «la creciente influencia del conductismo muestra que los trastornos “de conducta” que pueden *observarse* son mucho más numerosos y diversos que los comprendidos por esas ya antiguas categorías» (p. 43), y en 1968 aparece el DSM II, que pronto será sustituido por el DSM III. Con todo, nos dice la autora, en las primeras ediciones del DSM aún se tomaba en cuenta la palabra del paciente, pero

conocedores empíricos del poder su-  
gestionador de las palabras, la nueva  
generación de psiquiatras influidos por  
el creciente avance del cognitivismo y el  
conductismo busca eliminar la palabra  
del paciente, a la que el psicoanálisis  
daba —desde el punto de vista de la

psiquiatría— excesivo valor. (p. 44)

Los trabajos de este libro son congruentes en mostrar que el giro de la psiquiatría a favor de una prevalencia de la nomenclatura norteamericana responde a la influencia de tres corrientes dominantes en la segunda mitad del siglo XX: el conductismo, la genética y la farmacología. De acuerdo con la primera, las enfermedades mentales pasan —a partir de la sintomatología— a ser organizadas y clasificadas en trastornos de conducta que pueden ser tratados mediante los avances de la tercera fuerza implicada: la farmacología, sostenida por las transnacionales de los laboratorios. A su vez, la clasificación de los trastornos crece de manera exponencial (casi ochocientas páginas...) puesto que la observación de la conducta, medida en relación con una supuesta (y subjetiva) «normalidad», puede arrojar resultados novedosos. En tiempos de mercado, los consumidores y los que partiendo del deseo de consumo se transforman en adictos pueden alimentar muchas páginas con trastornos de adicción a... (ejemplos varios: computadora, chat, páginas web de cualquier tipo, etc.), y cualquier «trastorno» bien puede ser tratado con medicación y, oportunamente, también con terapias del comportamiento.

Un comentario especial merecen los trabajos centrados en los capítulos del DSM dedicados a primera infancia, niños y adolescentes. Remito al inicio del texto de

Esperanza Pérez de Plá, médica psiquiatra y psicoanalista uruguaya radicada en México desde hace años, que escribe desde sus cuarenta años de experiencia en clínica de niños y, en particular, en atención a la psicosis y el retardo mental. Dice Esperanza: «Pocos capítulos del DSM resultan tan confusos en sus criterios y graves en sus consecuencias como el de los “Trastornos de inicio en la infancia, la niñez o la adolescencia”». Señala, a continuación, dónde se encuentran las mayores dificultades, conducentes a errores en la atención de niños con padecimientos psíquicos:

primero, la creación y uso frecuente de ese gran saco llamado «Trastorno generalizado del desarrollo no especificado» y segundo, la ampliación en nuestro medio de la categoría de «autismo» para pasar al de «espectro autista» con gran acuerdo y adjudicación de casos a este trastorno. (p. 234)

Más adelante, ilustra:

ví crecer [...] la influencia del DSM en el medio psiquiátrico. Percibí muchas veces con alarma cómo este manual se había convertido en el instrumento explicativo de una serie de diagnósticos muy discutibles y casi siempre excesivos para mis criterios, con la consiguiente etiquetación, mal pronóstico y prolongada medicación de innumerables niños. [...]

Todo esto me ha hecho perder la confianza en el modo de diagnosticar e indicar tratamiento en la psiquiatría actual y en particular en la paido-psiquiatría y ha radicalizado mi posición. (p. 236)

En su trabajo «El tema de la psicosis en la infancia, su diagnóstico y tratamiento frente a la “desaparición” de la nosografía actual», Leda Mariza Fisher Bernardino complementa lo expresado por E. Pérez de Plá (p. 275); Fisher Bernardino se refiere al proclamado «ateoricismo» de los autores del DSM (en ese caso, se está refiriendo al III) como recurso para dejar de lado las discusiones referentes a la etiología y «abrir el camino para el retorno y el ascenso de la psiquiatría biológica», agrega también que al dar prioridad a los estudios epidemiológicos y estadísticos, «dio prioridad a la investigación experimental, de gran utilidad tanto para la industria farmacéutica como para las empresas de seguros en el área de la salud» (p. 280).

He anotado acá algunos puntos de impacto de este «libro negro de la psicopatología contemporánea», que no son los únicos; jerarquicé algunos puntos en detrimento de otros igualmente importantes y sumamente interesantes, como el capítulo de Adolfo Benjamín «El sexo del DSM-IV: Sobre la psiquiatrización de la vida sexual humana», que no tiene desperdicio. Este comentario es, entonces, fragmentario; para hacer justicia al libro, hay que leerlo

y acompañar a los autores en sus análisis críticos del manual que —como en algún momento dicen— ha logrado «la globalización de la psiquiatría norteamericana». Ellos son Guillermo Izaguirre, Jorge Bekerman, Silvia Fendrik, Ricardo Goldenberg, Germán García, Graciela Esperanza, María

Rita Kehl, Domingos Paulo Infante, Alfredo Jerusalinsky, Marie Christine Laznik, Nilson Sibemberg, Ana Costa, M. Cristina M. Kupfer, Adolfo Benjamín, Elsa Coriat, Esperanza Pérez de Plá, Leda Mariza Fisher Bernardino, Ángela Vorcaro, Diana A. Jerusalinsky y María A. Terzaghi. ♦